



Se empieza a liquidar la vergonzosa neutralidad a todo trance y costa — que no era, como pueden verlo aún los más cegatos, tal neutralidad — que ha hundido a la España oficial, a la España habsburgiana, a la España despótica, en la sima del descrédito internacional. Empieza a liquidarse esa vergüenza, ¡pero cómo!

Quando escribimos estas líneas, hoy 30 de octubre, no sabemos lo que ocurrirá mañana; tan de prisa van las cosas. Pero ante el temor de que no ocurra nada de lo que debe ocurrir, de lo que ocurriría en un pueblo con dignidad y civismo, no creemos que hayan de ser inoportunas el día en que se publiquen las reflexiones siguientes:

Se le ha destituido al fin al señor Polo de Bernabé, rabioso germanófilo que ha sido embajador de España — pero de la oficial, de la habsburgiana, no de la otra — en Berlín y ante el Kaiser durante la guerra. Y parecía más un servidor del Kaiser que no del Gobierno de España. Aunque parece que en rigor ni representaba ni servía allí al Gobierno constitucional de España. ¡Al Gobierno precisamente no! Y no lo representaba ni le servía porque no ha habido ni hay tal Gobierno de España. El Gabinete de cancilleres de S. M. el rey de España no es un Gobierno del pueblo español.

Según dijo Indalecio Prieto en la sesión del Congreso del día 25 del pasado mes, el señor Polo de Bernabé estuvo destituido y reemplazado, por acuerdo del Consejo de ministros, por el señor Piña, pero ese acuerdo no se ha cumplido hasta ahora en que es indudable la caída del Kaiser y de todos sus satélites de Alemania y de fuera de ella. No bastaba que el Consejo de ministros de S. M. acordara destituir al señor Polo de Bernabé, como no bastaba que acordara incautarse de barcos alemanes. Por encima de los acuerdos del Consejo de ministros había en este régimen, que se dice constitucional, otros acuerdos.

"Se sabe—decía Prieto en su memorable discurso — que ese embajador se negó a cumplir un mandato vuestro, por una vez, por dos y por tres, y que cuando lo hizo, lo hizo con tal clase de salvedades, que cada palabra de esas salvedades era una ofensa para la dignidad del Gobierno; y ese embajador sigue en su puesto y el acuerdo adoptado en Consejo de ministros en orden a salvaguardar vuestra dignidad, ha quedado incumplido."

¿Cabe explicarse que el señor Polo de Bernabé, servidor del Kaiser y de sus servidores, se negara a cumplir una y otra y otra vez un mandato del Gobierno de S. M. el rey de España si no era porque contaba con el apoyo, y acaso con el mandato — un mandato contra otro — de alguien que está sobre ese Gobierno? ¿O más claro, el señor Polo de Bernabé en Berlín como el señor Quiñones de León en París han sido embajadores del Gobierno de S. M. el rey de España o de éste? Y no se nos diga que es lo mismo.

Pero ahora el Gobierno imperial de Alemania, que lo era del Kaiser, soberano absoluto, empieza a serlo del pueblo alemán libertado del despotismo imperialista, y todos los despotismos siguen la misma suerte. De aquí la destitución del señor Polo de Bernabé. Que es una destitución simbólica y substitutiva. Porque el destituido, por haber faltado a sus deberes, debería ser otro.

En el mismo discurso en que Indalecio Prieto habló de la indisciplina del señor Polo de Bernabé, habló también de otra indisciplina. Recordó lo que tuvo efecto en el cazadero de Láchar y cómo de Rey a Emperador mediaron promesas que implican sumisión. Y conviene recordar las revelaciones de "The Times" respecto a altísimas intervenciones para que lo de la incautación de barcos alemanes no se hiciese como a la dignidad y a la independencia de España cumplan.

El derrumbe es tan rápido y tan completo que no pueden recobrase los que han actuado conforme a aquellos bárbaros principios que enunciaba el difunto general prusiano von der Goltz — una de las más repulsivas figuras de la guerra — cuando decía que la historia la escriben los vencedores y que la victoria lo borra todo. Tan seguros estaban de su victoria los soberanos imperialistas y despóticos, anti-constitucionales, coligados contra las democracias — y en esta coalición entraban algunos que fingían ser neutrales en la guerra — que han procedido sin escrúpulo alguno. En Madrid se creía, lo mismo que en Berlín, en Viena, en Sofía o en Constantino-pla, que ciertas transgresiones indisciplinarias hallarían al cabo justificación. La fe en el triunfo les ha hecho perder la cabeza a los déspotas. "¡Dios con nosotros!" "Gott mit uns" decían con el Kaiser. Y ya se sabe lo que para un déspota quiere decir Dios.

Ahora no les queda sino arrepentirse, con atrición, ya que no con contrición, y decir: "¡Nosotros con Dios!" y cada uno de ellos: "¡yo con Dios!" y dedicarse a El, a Dios. Y ya se sabe lo que quiere decir dedicarse a Dios. A Dios se dedicó el magnífico Emperador Carlos V de Alemania y I de España, el hijo de la Loca y del Hermoso, cuando se retiró a Yuste. Y por cierto que en Yuste había no hace muchos años, cuando nosotros lo visitamos, una sucursal del Reformatorio de Santa Rita para muchachos mal educados y retusos a la disciplina.

La disciplina debe venir de arriba. Aunque deriva de discípulo—"disciplina" — el maestro debe ser disciplinado. Y la lealtad debe ser mutua. Se habla de la lealtad de un pueblo a su Rey, pero el Rey debe tener ley a su pueblo. Y tener ley a un pueblo es ante todo no maniobrar a sus espaldas y acaso contra la ley.

GUEL DE UNAMUNO